

La belleza de ser voluntarios

Nadie nos lo impone: ser voluntarios es una decisión de **libertad**. A lo largo de la vida debemos “cumplir” con muchas obligaciones y tareas a las que tal vez los demás nos obligan. Ser voluntarios, no: es una decisión de libertad y por eso es lo más genuinamente humano.

Hablar de libertad significa que se trata – hacerse voluntario –, de una elección bien “pensada”; las emociones o los impulsos generosos pueden favorecer el arranque, sin embargo, la decisión es siempre **fruto de una reflexión**: ¿Qué me mueve? ¿Son mis ideas, mi manera de entender el mundo, mis valores ideológicos o religiosos? ¿Es un sentimiento de fraternidad y solidaridad con los demás hombres y mujeres que pueblan este planeta? ¿Es acaso indignación ante las injusticias y desigualdades? ¿Es el la impotencia que sientes ante la agresión constante que sufre la naturaleza? ¿Son las ganas de cambiar el mundo, de acabar con el sufrimiento y construir una humanidad fraterna? ¿Me gusta trabajar con otras personas, codo con codo, sumando fuerzas, compartiendo experiencias y aprendiendo unas de otras, caminando y creciendo juntas?...

Tomada la decisión se trata de **ver la realidad**: ¿Qué necesidades, qué problemas, qué iniciativas de acción solidaria existen en mi entorno? ¿Allí donde vivo, muy cerca de mí, existen problemas y necesidades que demandan solidaridad? ¿Qué temas, qué necesidades, qué problemas son aquellos que, en mi opinión, son más importantes? ¿Cuáles me “afectan” más, a mí y a los otros, cuáles están más “a mi alcance”? ¿Hay grupos organizados cerca de mí? ¿Se puede trabajar en red para ser más efectivos?

No es suficiente reflexionar, decidir de ser voluntarios, ver las necesidades. Es también imprescindible **capacitarse**. La realidad del sufrimiento humano o las necesidades sociales y ambientales son complejas; no es suficiente tener ganas de comprometerse, es necesario también – y ante de empezar iniciativas – prepararse, estudiar, ensayar, entrenarse y ser lo suficientemente humildes para saber que no sabemos todo.

Las necesidades se confrontan con mi disponibilidad de tiempo, mis capacidades, mis intereses. Se debe **valorar con honestidad**: ¿Qué puedo efectivamente hacer?

Ha llegado el momento de **participar**. Es el momento del actuar, trabajar...en un proyecto de acción solidaria en mi comunidad, disfrutando y gozando por la posibilidad de servir y ayudar. Lo hemos decidido libremente; no podemos vivirlo con “cara larga” o como condenados a trabajos forzosos. Es dejar de pensar que “siempre me toca a mí”.

Se desarrolla en nosotros la **actitud de servicio** en lo cotidiano y en lo común, con espíritu de gratitud por lo que los demás hacen por nosotros sin que solicitemos su ayuda. La actitud de servicio se opone al individualismo.

En resumen: no esperes, sal al encuentro del sufrimiento; presta más atención a la persona que a lo material; denuncia la injusticia; hazte presencia crítica en la sociedad; cimenta tu código ético en el amor a la humanidad; haz bien el bien (formación, actualización...); vive la gratuidad entendida como disponibilidad; fija tu mirada en tu prójimo (servir a los más cercanos) y en la humanidad; vive el espíritu comunitario.

Quien ayuda a los demás, se mejora a sí mismo